

The unexpected meeting

Kristian Ciagli



Capítulo 1

Principalmente, en esa landa desolada, ni el mínimo ruido natural se atrevía a adentrarse en ese árido lugar, sin embargo algo de inusual ocurrió esa noche. Una aguda y resonante alarma profanó ese silencio mortal, proveniente de un punto en el cual se podía revelar con claridad y sin duda el paso del hombre. Confinado por una gran verja de hierro infranqueable, había sido construido una larga y ancha carretera con varios vehículos militares estacionados en los extremos y distintos hangar en las cercanías guardaban quizás cuales vehículos aéreos de la misma clase.

Gran confusión se presentaba en ese lugar, como hormigas muertas de miedo, distintos soldados se precipitaban hacia un edificio con al menos seis pisos y armados hasta los dientes se introducían en su interno, el lugar desde el cual se originaba esa alarma estridente. Disparos y gritos se levantaron de ese edificio, un fuerte temblor se difundió por toda la landa hasta al punto que un vasto sima apareció de par en par en la larga y gris carretera dividiéndola por la mitad. Hubo una fuerte explosión y un fragoroso rugido.

A pocos kilómetros más adelante un Chevrolet azul oscuro como la noche peregrinaba en una larga carretera casi sin fin, aislado de cualquier de sus semejantes. Ni siquiera un animal se podía notar en ese baldío ambiente y muy probablemente ni un minúsculo insecto se atrevía violar la soledad de ese lugar.

El sol extendía sus áridos rayos sobre, una vez, frío metal del auto convertido en un horno abrasador, en el cual los dos pasajeros, si no fuera por el aire acondicionado del cual estaba dotado, se habrían convertido en el pavo del día de acción de gracias. El conductor era un hombre de unos cincuenta años, aunque en apariencia mostraba muchos años menos, sus frondosos cabellos, como un carpe, castaños y crespos sin un pelo que mostrara su inminente vejez sobresaltaban por cada hueco que encontraba por el camino. A su lado estaba una mujer más joven de él, su esposa, maquillada como si fuera una modelo, sus pelos rubio platino estaba recogidos en una cola a causa del sofocante calor que todavía se percibía a pesar del refresco del aire acondicionado.

- Que calor. - deploró la mujer.

- Lo sé, pero resiste un poco más, ya no falta mucho. - afirmó el hombre.

- Si nada nos obstaculiza entre dos horas estaremos en la ciudad. -

Atizando así el destino un fragoroso temblor alcanzó la vía del auto, obligándola a serpentear como si fuera una serpiente, por consiguiente el hombre fue constreñido a detener el auto o habría estado en peligro de

salirse de la pista. La pareja, sorprendida pero también intimidada, salió del auto y observó como el ambiente circundante poco a poco se desmoronaba como un castillo de arena.

En seguida una fuerte explosión violó sus tímpanos como una granada que estalla en un rango cercano y sus oídos silbaron como el silbido de los frenos de una bicicleta, mientras una gran ráfaga de aire los arrojó con un brusco empujón, como un puñetazo en la cara. Sus cuerpos volaron hacia atrás y chocaron contra el duro y abrasador asfalto colmado de varias grietas que se habían creado, casi pareciendo a un vidrio a unos pasos de hacerse añicos. Sus cabezas quedaron involucrados en esa caída y sus conciencias desaparecieron con un dolor que se habría presentado sólo al despertar.

Capítulo 2

- Andrew, despierta. - gritó alarmada la mujer.

El hombre contrajo su frente y una mueca de dolor se imprimó en su rostro desgredado por el impacto que sufrió. Abrió lentamente los ojos y se llevó una mano hacia la nuca, su mano dudó varias veces antes de tocarla.

- Ah... que dolor. - comentó consolándola con ligeras caricias.

- Cariño, imira! - exclamó asustada.

- ¿Qué? - se volteó hacia donde la mujer estaba señalando, su índice estaba temblando.

A los ojos recién despertados de Andrew llegó un panorama en llamas, casi cremado, y la causa no era de ese afoso calor que emanaba ese radiante sol amarillo. El ambiente a su alrededor estaba teñido por un color gris oscuro, los árboles carbonizados, compuestos por la mayoría de plantas carnosas, se habían curvado hacia adelante como la espalda de un frágil anciano y el terreno, una vez dorado, había perdido su brillantez.

- ¿Qué demonios ha pasado aquí? - se preguntó Andrew espantado y sorprendido de que hubieran quedado ilesos.

- ¿H...? ¿Has visto? - reiteró la mujer.

- Sí, Meredith, y es un milagro que no nos alcanzó o habríamos terminado como esos árboles. -

- No... el niño, ¿lo has visto? - insistió nerviosa, casi como si fuera bajo de una alucinación improbable.

Andrew, sorprendido y algo irresoluto por lo que afirmaba su esposa, analizó el ambiente frente a él en busca de lo que ella acababa de anunciar. Estaba aterrorizada, tal vez en estado de shock, y era comprensible, pero no loca. Propio como había dicho, tendido en la tierra, había un niño más o menos de ochos años despojado de su ropa.

Obviamente tanto Andrew como Meredith creyeron que estuviera muerto o al menos hasta que el brazo de esa criatura empezó a moverse. Poco a poco su huesudo cuerpo se incorporó de ese terreno color carbón, como un muerto que emerge de su tumba.

- ¡Oh, Dios mío! - sobresaltó Meredith.

- Está vivo. - afirmó Andrew, aunque por su tono pareció más una pregunta.

El niño empezó a caminar hacia ellos, con paso débil y tembloroso como si aprendiera por primera vez a caminar, a vez arriesgándose a terminar en el suelo. Una escena que Meredith no pudo soportar y, a pesar de estar aún pasmada por esa imposible supervivencia de ese niño, se precipitó en su ayuda y lo cogió en su brazo como si fuera el hijo que nunca pudo tener. Ni Andrew se quedó atrás y se apresuró a alcanzarlos, lo que más lo guiaba era la curiosidad.

- Tesoro, ¿estás bien? - preguntó la mujer.

- ¿Qué ha pasado? ¿Cómo hiciste a sobrevivir a eso? - investigó Andrew.

- ¡Andrew! - lo reprendió Meredith. - ¿Cómo puedes torturarlo con tus estúpidas preguntas? -

El hombre bajó su mirada y se mordió el labio. - Tienes razón... tenemos que llevarlo al hospital, es probable que tenga alguna herida en algún lugar. -

- No... - una sutil y aguda voz, casi como un soplo de aire, llamó sus atenciones.

- ¿Por qué no tendríamos que llevarte al hospital? - preguntó Andrew, disimulando su tono de investigador.

- Es un niño, querido, probablemente tiene miedo de los hospitales. - respondió su esposa que pareció percibir el verdadero tono escondido del marido.

Andrew lo cogió de los brazos de su esposa y se incorporó. Mientras daban marcha atrás hacia el auto, el niño con su flácida fuerza empezó a mearse, pero era como si no se estuviera moviendo. Andrew lo observó, aún más curioso.

- Si estás herido, tendrías que estar quieto, niño. - dijo.

- No... no tienen que llevarme... harán experimentos conmigo. - trató de decir.

- ¿Experimentos? - chilló Meredith, los ojos de Andrew reflejaron esa curiosidad que ya no podía controlar.

- ¿Qué quieres decir con experimentos, niño? Son cosas que los hospitales no hacen. - afirmó Andrew prosiguiendo hacia el auto.

- Lo harán porque... yo no soy normal. - contestó, su respiro se había casi restaurado por completo.

Capítulo 3

Sus movimientos se bloquearon. Andrew observó su esposa apenada, en sus ojos vio su misma turbación, y acercándose al rostro del niño celó toda su curiosidad.

- Oye, quien sea que te dijo que no eres normal está equivocado. No... -

- Pero, yo no soy normal. - lo interrumpió, su respiro estaba perfectamente estable, como si nada hubiera ocurrido, como si ese pesado jadeo que había tenido hacia ese momento hubiera sido sólo una mala interpretación de la pareja.

- Q... ¿qué quieres decir? - su curiosidad volvió a iluminar sus ojos.

- Así me han creado. - contestó el chiquillo con tono sutil. - Querían crear armas humanas, han robado sigilosamente varios niños recién nacidos de sus propias madres, yo incluido, y han empezado a hacer experimentos en nosotros modificando nuestro DNA. Nos han administrado varios líquidos extraños, nos han torturado y... -

- Espera un minuto, espera un minuto... esto es demasiado para creer... yo... - se quedó en silencio, la mujer parecía creer a las palabras pronunciadas casi en lágrimas por el niño y una expresión repugnante lo confirmaba.

- Deben creerme, pude escapar, pero me localizarán pronto, si no encuentro un escondrijo. - se enmudeció y miró hacia el camino por donde había llegado la pareja con su auto.

Ellos también imitaron su acción.

- Están llegando. - anunció el niño. - Tenemos que irnos, rápido. -

- Nadie está llegando, niño. - contestó Andrew.

- Cariño, ¿podría ser que esté en estado de shock? - averiguó Meredith.

- Dudo que el shock pueda hacerle decir esas cosas, pero tal vez tienes razón. - asintió absorto.

- Si no quieren ayudarme, suéltame y proseguiré yo solo por mi camino. - forcejeó entre los brazos de Andrew.

- Oye, no te muevas. - intentó contener sus movimientos.

- Suéltame, no quiero hacerte daño, suéltame. - pateando, sus movimientos aumentaron y de repente se petrificaron. - Están cerca. -

La pareja se volvió una segunda vez, sorprendidos de ejecutar tal acción. Sin embargo sus ojos incrédulos por las habladurías delirantes del niño vieron algo en la distancia que estaba a punto por llegar. Algo que permanecía oculto a su vista que no podía igualar la de una águila y sólo unos autos borrosos pudieron captar.

- Serán autos, estamos en una carretera. - comentó Andrew sin apartar su mirada de esa imagen velada.

- Sí, y vinieron a por mí, por favor, entramos en tu auto y vámonos. - imploró.

- Sí, pero para ir al hospital. - contestó firme Andrew.

- Como quieras, pero rápido. - repitió, su cuerpo temblaba como un crío recién nacido.

El hombre posó gentilmente el niño en los asientos posteriores y dejó que su esposa tomara sitio junto a él, cerró la portezuela y fragmentos de vidrio de la ventanita del auto que no se había salvado por el fuerte impacto cedieron en el asfalto gris, tintineando como dientes de xilófono. Antes de entrar en el auto miró otra vez hacia el camino por donde provenían, casi más claros, tres enormes vehículos negros.

El niño llamó su atención y una vez más le gritó de apresurarse. Andrew, deseoso de quitarse ese peso que poco a poco estaba consumiendo su paciencia, subió en el auto e introdujo la llave. La giró y el motor hizo un ligero ruido sin fin, silbando como una serpiente furiosa.

- Ah, maldita sea. - suspiró Andrew. - El impacto ha dañado el auto, creo. - comentó girando varias veces la llave, alzando ese silbido insistente.

- Te ruego, haz que se encienda. - aulló el niño.

- No te preocupes, tesoro. - dijo Meredith acariciándole la cabeza. - Unos minutos y verás que encenderá. -

- Creo que tendré que salir a controlar el... Oh, se encendió. - exclamó sorprendido Andrew.

El niño se volteó y observó afuera del auto, prensó con fuerza el asiento y su cuerpo empezó a estremecerse más de una gelatina durante un ataque sísmico. Meredith lo asió y lo apretó contra su pecho, tratando de tranquilizarlo y meciéndolo entre sus brazos. Sin embargo lo que más lo aterrorizó y lo turbaba de esa manera era imposible de sosegar con un

sencillo afecto destinado a los lactantes recién nacidos, pero eso la pareja lo ignoraba.

- Rápido, rápido. - recalcó sin frenar sus movimientos agitados.

- Esos autos están muy cerca para que pueda entrar en la carretera, tengo que esperar que pasen. - lo actualizó Andrew.

- No, no, no, así me atraparán. - susurró mirando el vacío, como si todo lo que había hecho hasta ahora hubiera sido fútil.

Los tres vehículos oscuros como la noche recorrían la calle a toda prisa, como si escaparan de la misma muerte y, por lo tanto, no pasó mucho para que alcancen el auto de la pareja que acababa de despertar de ese profundo sueño. Los autos zumbaron cerca de ellos y unos metros más adelante frenaron de golpe, marcando rayas negras en el asfalto. En ese instante y en menos de un segundo el niño, amilanado como si viviera la peor de sus pesadillas, se escondió a los pies de los asientos traseros, rogando que no hagan una búsqueda meticulosa.

Capítulo 4

La pareja, caótica y trastornada por lo que estaba pasando, siguió con los ojos los movimientos de esos enigmáticos hombres que salían con sagacidad de los autos. Hombres vestidos de negros, casi como si hubieran querido asociarse a los vehículos, con pelo corto o contenido a nivel raso con bastante gel que lo hacía brillar como si hubieran derramado pequeños brillantes en su encima, se acercaron a la Chevrolet y el primero, más robusto y con expresión descarada, sacó una libreta de piel en la cual centellaba un documento que identificó su autoridad.

- Dígame, agente, ¿qué está pasando? - averiguó Andrew, inspeccionando ese documento que fue escondido rápidamente.

- Es un normal control de seguridad, señor. Apague el auto, por favor. - informó el hombre con tono firme. - Imagino que se dio cuenta del acontecido, los daños presente en su auto subraya el hecho. -

- Así es. - asintió poco confiado, como si supiera que su objetivo verdadero fuera otra cosa.

Entretanto otros dos hombres estaban circundando el auto, como salvajes insaciables que rodean la presa, y adentraban sus miradas investigadoras en el interno. Afortunadamente Meredith había anticipadamente celado la presencia del niño con su larga y ancha falda teñida de colores de primavera, un momento antes que los hombres bajaran de los autos, aunque ella no podía imaginar la razón de su acción. Los hombres volvieron atrás y, cruzando el agente que había interpelado Andrew, negaron con la cabeza.

- ¿No vio nada que llamó sus atenciones? - investigó con convicción, como si hubiera ya encontrado lo que buscaba.

En la mente de Andrew empezaron a danzar las palabras pronunciadas con terror por el niño y una sincera verdad floreció dentro de él. - ¿Además de esa explosión? - torció una ceja.

- No sea gracioso conmigo. - respondió con tono acerbo.

- Bueno, lo lastimo, agente, pero creo que toda mi atención fue capturada por esa explosión. - comentó.

- ¿La señora es su esposa? -

- Sí. - le echó un ojo por el espejo retrovisor.

- ¿Y por qué está sentada atrás? - preguntó con su única expresión invariable.

- Porque... me parece una pregunta bastante estúpida, como si nadie pudiera sentarse donde quiera... de todos modos... -

- Me golpeé la cabeza y me desmayé. Mi marido me colocó acá atrás mientras que estaba inconsciente y era su intención llevarme al hospital si ustedes no lo hubieran detenido. - disimuló una sonrisa cordial, pero poco persuasiva

De hecho el oficial permaneció observándola por unos largos minutos sin parpadear, como si su cerebro fuera una máquina de la verdad, después se enderezó y se volvió hacia Andrew.

- Por favor, abra el vagón de equipaje, señor. - ordenó educadamente, aunque su tono y una ceja suya casi arqueada daba el aspecto de lo contrario.

Andrew, con una sonrisa imprimida en su cara, bajó el brazo hasta debajo de su asiento, tiró una leva y un chasquido sonó detrás de su espalda. El hombre vestido de negro hizo señas con la cabeza a los dos tras suyo de vigilar la pareja y se dirigió atrás del auto. Durante el breve trayecto nunca apartó la mirada de Andrew y Meredith, esperando que una mínima invariación de sus expresiones pudiera facilitar su trabajo.

Andrew guiñó el ojo a los dos hombres con la mirada fija en ellos, como un perro de caza marcando la presa, y sin casi mover su boca preguntó a su esposa que habrían debido hacer si ellos hubieran ordenado de bajar del auto. La mujer no habló, además de no tener ni la mínima idea tenía el temor de hablar. Un chapoteo sordo les hizo sobresaltar, la mujer casi chilló, y el hombre volvió atrás parándose cerca de ella.

- Por favor, baje. - silbó.

- ¿Qué? - exclamó Meredith, su corazón latía como lo de un caballo

- Agente, como se permite. - tronó Andrew. - Mi esposa acaba de recuperarse y no creo que le haga bien ponerse de pie. -

- No piensan que les creí, ¿verdad? - preguntó el hombre inclinando la cabeza. - Quería acabar con eso sin problema, sin tener que ocuparme también de ustedes. Ustedes han encontrado ese niño y nosotros lo sabemos. No traten de negarlo o de inventar otras necias excusas, porque el chip implantado en su cuerpo nos mostrará siempre donde está. - explicó con una sonrisa afectada.

- Andrew. - chilló Meredith entre dientes.

- Hemos estado muy cordiales con ustedes y ya que no quieren colaborar... - extrajo una pistola negra como su casaca. -... somos obligados a usar la fuerza. - apuntó la cabeza de Andrew.

- De acuerdo. - bajó levemente la mano hacia las llaves.

- Eh. - el hombre lo bloqueó con el chasquido del cañón de la pistola contra el metal del auto. - No haga acciones de las cuales podrías arrepentirse. -

- ¡Arranca! - gritó una voz aguda.

El hombre se movió súbitamente hacia atrás y con la pistola enfocó el niño que había emergido de la falda de la mujer. El chiquillo siguió con los ojos el rápido movimiento del agente, un movimiento que después de todo no era tan veloz.

Levantó y extendió las manos hacia él como si quisiera empujarlo, aterrizado y traumatizado, su mente rememoraba traumas que surgía aunque él no quería. El hombre abrió de par en par los ojos, como si esa acción lo pusiera nervioso o lo asustara, y sin dudar apretó el gatillo.

Capítulo 5

Meredith gritó, Andrew estuvo a punto de salir del auto, el niño no apartó su mirada de la amenaza frente a él y con cara mala de desafío, pero siempre espantado, lo mantuvo sobre del hombre, el cual expresaba su ira en persona que se coloreaban en sus ojos marrones claros, casi rojos. A pesar de la realidad de los hechos sólo dos personas sabían como iba a acabar y, por cuanto pudiera ser imposible, las balas no alcanzaron el blanco, sin embargo rebotaron como si una pared de goma invisible cubriera todo el vehículo.

- Maldita sea. - rugió el agente. - Vamos, ayúdenme, qué esperan, tenemos que insistir hasta que se extenúe. Sin energía no podrá seguir protegiéndose y después de lo que pasó no creo que la tenga por mucho tiempo. -

Y así era. El aliento del niño se hizo más profundo y breve y sus brazos empezaron a temblar. Estaba agotado, esa frase parecía haber sido pronunciada en forma de hechizo y como tal había realizado esa situación. Todos los hombres en negro comenzaron a disparar, no obstante ningún proyectil conseguía penetrar ese muro inexistente.

Andrew se había quedado pasmado por lo que sus ojos captaban, su mano no había cumplido la acción de abrir la portezuela del auto y su boca estaba literalmente abierta de par en par. Meredith, la cual tuvo una vista mejor del marido, se había acurrucado cubriendo su cara con sus manos y a cada disparo su cuerpo sobresaltaba; apartó sus dedos para poder entrever como las balas esbozaban en parte opuestas de las cuales habían sido inicialmente enviadas.

- Arranca, por favor, no podré seguir por mucho. - jadeó el niño, estremeciendo sus parpados.

Andrew no podía escucharlo, era imposible apartar la atención frente esa circunstancia inverosímil y única. Sin embargo su mujer, por cuanto pudiera ser la más pasmada, llamó su marido y lo despertó de ese sueño con los ojos abiertos.

- Andrew... vámonos. - chilló, podía apenas controlar sus cuerdas vocales.

Andrew parpadeó. - Que... Sí. - se volvió hacia el volante.

Giró la llave, los brazos del niño temblaban aún más como si fueran de budín y ya no podían permanecer levantadas. Ese muro invisible a todos, hasta al niño, ya no parecía ser eficaz como cuando fue erigido. Los proyectiles avanzaban unos centímetros más antes de ser derribados

hacia atrás.

El zumbido del motor del auto llamó las miradas de los hombres, unos de ellos se apresuraron a alejarse y dirigirse hacia sus vehículos, los otros permanecieron a descargar sus municiones hasta el último momento, también cuando el auto de la pareja se desvió a toda prisa. En ese instante unos proyectiles empezaron a alcanzar su blanco, abollando el vagón de equipaje de la Chevrolet.

Una vez suficientemente lejos, el niño disolvió lo que quedaba de su barrera, que se hubiera tenido una forma habría sido igual a un papel hecho una bola, y se desplomó en los brazos de la mujer. Meredith lo aferró entre sus brazos y lo acercó a su pecho, acariciando esa pequeña cabeza sudorosa.

- ¿Qué está pasando? - entabló agitado Andrew, habría querido que su curiosidad nunca hubiera tenido una respuesta. - ¿Qué eres? -

- Ya... ya te expliqué. - balbuceó. - Soy una... una creación de esos hombres. -

-Quieres decirme que tú ocasionaste esa explosión y huiste de ellos. Y también esa cosa que nos ha protegido de sus disparos. - afirmó sin apartar los ojos de la carretera, si no por echar un ojo en el espejo retrovisor. - Ahora te persiguen y nosotros estamos involucrados en estos... en estos asuntos top secret del gobierno. -

- Andrew, por favor, debemos encontrar un lugar para escondernos. No podemos dejarlo en las manos de ellos. - intervino Meredith, volviéndose para mirar atrás.

- ¿Y qué tendremos que hacer? ¿No escuchaste? Tiene un chip rastreable dentro de su cuerpo. - gritó el marido, para nada seguro de qué hacer. - ¿Cómo podemos escondernos? Nosotros también estamos en problemas ahora. -

- No quiero... crear más problemas a ustedes. - dijo el niño luchando por respirar. - Déjame bajar... podré arreglármela. -

- Andrew, ¿cómo puedes decir esas cosas? No podemos abandonarlo, ya estamos involucrados. No nos van a dejar en paz si lo abandonamos, ya sabemos lo que era secreto para todos y así querrán que siga. - se enfureció la mujer.

- Ya sé, Meredith, no es mi intención abandonarlo como un perro. - dijo. - La primera cosa que tenemos que hacer es quitarle ese chip, si queremos

escondernos. -

- ¿Y como...?

- Con mi cuchillo de campamento. - contestó. - Busca donde está, mira si encuentras la cicatriz. - mencionó mientras hurgaba en los bolsillo de la portezuela.

- Está en mi brazo derecho. Acá. - el chiquillo indicó su antebrazo.

- Bien. - asintió cuando tocó la forma redonda del mango de su cuchillo. - Toma, quítaselo. -

- ¿Qué? - exclamó la mujer, repugnada por la escena que habría visto. - No puedo hacerlo yo. -

- ¿Quieres ayudarlo o no? No deberás hacerle una herida profunda, el chip tienes que estar en superficie. Corta, aparta la piel y sácalo de allí. - ordenó pasándole su cuchillo.

Insegura de su control y con la mano irresoluta agarró el cuchillo. - ¿Y se me equivoco? -

- Tienes que tentar, mi amor, sólo así podremos escondernos y huir de ellos. - la confortó.

- Tranquila, señora. - intervino el niño posando su pequeña mano en el brazo de ella. - Me han hecho de peor y no para ayudarme, lo que me harán ustedes podré soportarlo. -

Meredith cerró los ojos y tomó un profundo respiro, algo indignada por lo que le habían hecho esos hombres. Agarró su brazo y trepidando como un volátil recién nacido acercó el cuchillo en su lisa y delicada piel y manchada de tierra, en el punto donde estaba una línea oblicua tenue como un hilo de lana. El niño selló sus ojos, por cuanto quisiera mostrarse valiente frente a esa empresa para ser a un paso de la libertad tanto deseada, el terror ante al dolor que estaba por percibir lo hacía ver como el niño normal que al fin él era.

Capítulo 6

Meredith acercó la fría punta del cuchillo a su aflautada cicatriz y presionando levemente calcó esa línea. El niño apretó vigorosamente los dientes y apartó su mirada hacia afuera, tratando de distraerse con el sediento panorama que se presentaba desfilando rápidamente como un video avanzado a la máxima velocidad. No obstante, en vano, una lágrima emergió de sus ojos, pero inmóviles y firmes se quedaron allí, como congelados.

La mujer, abierto esa pequeña brecha siguiendo la dimensión de esa cicatriz, introdujo su dedo y con delicadeza, como si temiera la estridente señal del juego operando, se acercó hacia el huésped no deseado que alojaba en la piel de ese pobre muchacho. El chiquillo gimió y su cuerpo no pudo tener ligeros espasmos de sufrimiento, pero valientemente no lloró y no emitió ningún grito que habría sido justificado y recibido con lenidad.

Hastada y arrepentida por lo que le estaba haciendo probar, Meredith acarició un pequeño objeto que se caracterizaba del resto de los componentes de su cuerpo y siempre con ambrosía poco a poco lo extrajo. El brazo del niño estremeció hasta el último momento, hasta cuando ese intruso fue completamente expulsado, y se deslizó en el asiento como un vestido sin colgador.

- Pásame la maleta de primeros auxilios, Andrew, rápido. - se apresuró a hablar la mujer mientras cuidaba con sus brazos el pobre muchacho casi sin conciencia.

- Está debajo de mi asiento, cógelo. - contestó Andrew, distraído por sus insistentes perseguidores, los cuales no parecían perder tiempo en aproximarse hacia ellos. - Cuando puedes pásame el chip. -

- Toma. - se lo pasó mientras con el otro brazo arrastraba la maleta hacia ella.

Andrew agarró el minúsculo objeto cuadrado y lo dejó patinar en el bolsillo de su pantalón.

- ¿Qué haces? ¿Por qué no lo arrojas? - preguntó Meredith confundida, desinfectando la herida y pidiendo disculpa al niño por cada mueca de dolor que se dibujaba en su rostro.

- No serviría a nada si lo arrojó ahora. Nos puedes ser útil para desviarlos de nosotros... - pensó a voz alta, apretando con fuerza el volante. - Si sólo

podiera hacer perder nuestros rastros por unos minutos. -

- ¿Y cómo piensas hacer? Parece que están ganando terreno. -

- Ya lo sé. - presionó con ira el pedal del acelerador que era ya al máximo, lleno de esperanza que pueda ser algo útil.

De hecho, como si nunca lo hubiera presionado, los autos negros tragaron casi toda la distancia que les separaban y avanzaron aún más. Andrew habría querido poner una marcha más si hubiera habido una posibilidad, al contrario tenía que soportar esa mísera velocidad y esperar en un imprevisto ventajoso para ellos; tal vez habría debido comprar ese vehículo más deportivo esa vez, pensó.

Por última vez consideró los tres vehículos a sus espaldas, y por cuanto Andrew pudiera ser el tipo de persona que encuentra cualquiera solución para cada clase de problemas, empezó a pensar que tal vez era el momento de rendirse, ningún remedio se acercaba a sus engranajes casi fundidos. Comenzó a contemplar la idea de entregarlo a ellos y salir de esa situación, pero luego recordó las palabras de su esposa y, como ella, sabía que habrían sido matados por ellos igualmente. Meredith notó las preocupaciones del marido y con una nerviosa sonrisa llamó su atención.

- Cariño, tenemos que resistir hasta el último aliento. - dijo, tratando de mantener esa sonrisa y no hacer ver su miedo.

Andrew la miró y devolvió la sonrisa, la cual fue disuelta cuando un proyectil atravesó el auto y zumbó hacia los asientos anteriores. Meredith chilló y Andrew, aferrando con seguridad y con terror el volante, empezó a serpentear, tratando de no ser un blanco fácil.

- ¡Bajen la cabeza! - gritó. "No era lo imprevisto que quería." apretó su mandíbula.

- Señor, tengo una idea. - sugirió el niño.

Si fuera un niño normal, probablemente lo habría ignorado, pero él no lo era. - ¿Cuál? -

- Cuando están cerca, frena de golpe el auto. - dijo con voz casi firme, intentando de hacer ver que su plan habría funcionado.

- Y así terminamos directamente en sus garras. - soltó Andrew, no podía comprender sus intenciones.

- Todavía tengo algo de energía, podré usar mis poderes. - reveló con una

segura señal de la cabeza.

Andrew permaneció pensando, acordando lo que había visto unos minutos antes. - O... ok. - asintió.

El hombre no habría tenido que hacer mucho para que el plan se acercara hacia el éxito, ya que los autos no se demoraron a alcanzarlos. El niño miró Andrew con un ademán de confirmación, luego cerró los ojos y selló las manos en sí misma. Entretanto Andrew acercó su pie al pedal de los frenos y se quedó así esperando su señal.

Entre las balas que cruzaban o golpeaban el auto y los chillidos de la mujer, el niño abrió los ojos de golpe y gritó al hombre. No obstante, Andrew se perdió en los ojos del niño que veía a través del espejo retrovisor del vehículo y, si su vista no se estuviera burlando de él, habría jurado que el color de sus ojos hubiera cambiado de celeste a amarillo dorado.

- Señor, ¡ahora! - gritó.

Andrew parpadeó y sacudió ligeramente su cabeza. - Sí. -

Abrazó fuertemente el volante y presionó el pedal del freno con violencia, con temor que algo saliera mal. El vehículo se clavó en la carretera y prosiguió por otros breves metros escabullendo las ruedas en el asfalto gris, como si se encontrara en una pista de hielo, delineando dos rayas más negras del petróleo.

Capítulo 7

El primer auto se colisionó con algo de transparente que vestía el vehículo de la pareja, como si fuera una película de acero. Vieron como ese vehículo se comprimía en el aire, la parte de adelante se machacó y se aplastó como un insecto aniquilado entre las palmas de las manos. Mientras se desmenuzaba en esa impenetrable pared, el auto explotó y un velo rojo naranjado cubrió la Chevrolet, delineando la barrera del chiquillo que poseía una forma oval.

Destino diferente había ocurrido al segundo auto, el cual trató de desviar el primero que se había implantado en su camino, pero desafortunadamente algo, probablemente una parte del ese vehículo, se cruzó con la rueda delantera izquierda y la hizo estallar como una bolsa de carta llena de aire, acabando milagrosamente fuera de la carretera sin daño. El tercero y último, en el cual sentaba el agente que los había anteriormente detenido, se dio cuenta de lo que estaba por suceder cuando las últimas balas disparadas por ellos, empezaron a fallar su blanco, cambiando inexplicablemente trayectoria; por lo tanto había doblado con tiempo, pero no tanto para evitar que la cola del auto choque ese objeto no identificado, haciéndolo virar en sí mismo como un trompo y ladeándolo fuera de la carretera.

Cuando el auto de la pareja se detuvo por completo, ellos se quedaron observando, mudos e incrédulos, lo que había ocurrido. Vieron como las llamas estuvieran devorando con glotonería el primer auto que había tenido el honor de estrellarse cara a cara con el increíble poder del niño; el segundo que se encontraba fuera de la carretera, el único intacto, y el tercero que yacían boca abajo en el rocoso terreno dorado de ese brezal desolado.

Al pensar a las personas en el interno de ese medio de transporte que conservaba aún el aspecto de un auto, un espantoso escalofrío les recorrió el cuerpo hasta los cabellos, casi enderezándolos como si hubieran entrado en contacto con una menor cantidad eléctrica. Sin embargo algo de más curioso llamó la atención de ellos, algo que mostraba la existencia de los milagros: un cuerpo tambaleante emergió de los trastos de ese auto al revés como una tortuga y lentamente se incorporó. Permaneció inmóvil mirándolos, sin mover un músculo, como una estatua de mármol o como si aún no se diera cuenta de lo que había sucedido, y levemente extrajo un pequeño objeto rectángulo de su bolsillo.

- Andrew, creo sea mejor si no marchamos. - entabló su esposa, sin apartar los ojos de esa silueta manchada de sangre.

- Tienes razón. - encendió el motor, hizo marcha atrás y se alejó a toda

prisa.

El hombre de negro los observó largarse y se llevó el objeto a su boca. -
Tráiganme el experimento x-5. - ordenó sonriendo, una sonrisa que
señalaba que estaba cerca de su cumplimiento.

Capítulo 8

Después de un par de horas huyendo de lo que ya no parecía seguirlos, se aproximaron a alcanzar la ciudad más cerca, dos kilometro desde el lugar en el cual se encontraban. Tan cerca que se podía notar la inmensa y seductora luz artificial que ascendía desde la ciudad y se propagaba hasta el cielo casi completamente oscurecido, arrasando la existencia de varias estrellas, también las más radiantes.

- Ya casi llegamos, no apenas tengo la posibilidad esconderé el chip en algo que les pueda tener ocupado por un rato. - anunció, mirando una vez más el espejo retrovisor.

La mujer asintió. Durante ese viaje el chiquillo se había acostado en sus brazos y como si fuera los de Morfeo se había dormitado, percibir el afecto que Meredith había conseguido transmitirle lo había ayudado para que se relaje. Meredith pensó que tal vez era la primera vez que ese niño tan joven disfrutaba de un sueño tranquilo.

- Maldición. - gruñó Andrew. - Están acá. - avisó notando una leve luz en la lejanía.

- ¿Estás seguro? - preguntó la mujer.

- Sí, rojo y azul. Las luces digo. - volvió a dirigir sus ojos hacia la carretera.

- ¿Qué hacemos? - la mujer quiso examinar con sus propios ojos, tal vez Andrew tenía tan temor que un simple vehículo lo podía despistar, su corazón aceleró. - ¿Tengo que despertarlo? - le acarició la cabeza.

- No, podemos arreglarlo. No falta mucho para entrar en la ciudad, no apenas estaremos dentro dejaremos el auto e iremos a pie. Cogeremos sólo las cosas esenciales. - farfulló extraviado por su pensamientos que trataban de maquinan algo.

- Ok - asintió ella con el temor de no conseguir escapar de ellos.

El auto prosiguió por su carretera, a un paso de la ciudad, mientras varias millas atrás se entrevía las centelleantes luces de los vehículos que los perseguía. Su número permanecía incalculable y probablemente ellos no eran los únicos que habían sido alertados.

La pareja entró en la ciudad y, como había mencionado Andrew, la primera cosa que hicieron fue de estacionar el auto en un aparcamiento usurpado por mil vehículos, justo frente a un grande centro comercial. Cogieron sus mochilas que había preparados por su vacaciones una

semana antes y, antes de adentrarse en la llamativa ciudad, se detuvieron en ese centro comercial casi sin fin, donde compraron unos vestuarios para el niño. Silentemente salieron por una de las miles puertas que había y prosiguieron hacia el interno de la ciudad.

- Aquí es inútil. Todos estos autos están bloqueados por el tráfico o avanzan a paso de tortuga. Así no tardarán mucho para encontrarlo. - comentó Andrew mientras sus ojos miraban dondequiera.

Meredith recibió una pizca en su vestido. - Son ellos. - el niño estaba de nuevo asustado, su trémula voz lo subrayaba.

Los dos se volvieron. Eran ellos. Estaban entrando en la ciudad justo en ese momento y por ahora la pareja podía entrever sólo cuatro autos, los cuales se abrían el camino disfrutando de su relumbrante autoridad. Andrew asió la mano de su esposa y empezaron a correr, escabullándose y disimulándose entre la gente, la cual, jovial y deseosa de gastar su propia plata en sus vicios, no se dejaba distraer por tan poco, como si fuera una cosa habitual.

Capítulo 9

Sus presencias venían igual anunciada por la inmensa luz que se alzaba de esa lustrosa ciudad, una ciudad que ni la noche podía oscurecerla y en la cual casi ningún habitante se permitía dormir. Entre los tumultuosos y estridentes ruidos de la ciudad sin sueño y del tráfico que lo atravesaba, se diferenciaban unas agudas sirenas que daban el permiso a unos vehículos negros de traspasar esa impenetrable corriente de autos que un cualquier vehículo no habría poseído la mínima posibilidad.

La pareja se volvió y vio como el tráfico se abría para conceder el paso a esos oscuros autos como la muerte. Andrew se estremeció y apretó nerviosamente la mano de su esposa, sin hacerle daño, después extrajo el chip de los pantalones. Su esposa lo miró, que idea vagaba en su mente ahora.

- ¿Qué quieres hacer? - preguntó preocupada.

Sin apartar la mirada de ese minúsculo objeto, le dijo: - Creo que deberemos dividirnos. -

- ¿Qué? - exclamó.

- Yo voy hacia allá, con el chip, así tendrán la posibilidad de huir. - explicó, indicando una callejuela oscura. - Ve hacia ese alquiler de coches cerca al hotel en el cual pasamos nuestras vacaciones el año pasado y alquila un auto, después espérame afuera de la ciudad. Yo me haré seguir por un rato, en seguida dejaré el chip o dentro un auto o dentro el bolsillo de una persona, de esa manera ellos perderán algo de tiempo para encontrarlo, y los alcanzaré. -

- No, es muy peligroso. ¿Y si te atrapan? - preguntó con las lágrimas en los ojos, segura que algo habría salido mal.

- Ahora tenemos esta responsabilidad, Meredith. - le sonrió amablemente, acariciándole la mejilla con un beso. - No hay otra solución, ten cuidado, por favor. - acarició la cabeza del niño y se alejó hacia la callejuela, la oscuridad lo tragó.

- No, tu ten cuidado. - gritó ella. - Y no atreves a no presentarte. - cogió con seguridad la mano de chiquillo y continuó por el gentío.

Mientras toda la gente se volvía a curiosear que cosa hubiera llamado la atención de la autoridad, también Meredith echó un ojo detrás de su espalda y pudo ver los autos dividirse. Uno hizo marcha atrás y desapareció hacia la derecha, el segundo subió en la acera y casi atropellando unos pedestres entró en la callejuela, mientras el tercero

prosiguió hacia adelante, sobrepasando la mujer, la cual nerviosamente rogó de no ser vista.

Lo estaban rodeando, esa era la intención de ellos. Quería correr en su ayuda, hacer algo para que todo vaya bien, pero si ahora se hacía notar por ellos habrían perdido la ocasión que su marido les había concedido arriesgando su vida.

- Lo siento. - pidió disculpa el chiquillo observando la mirada afligida de la mujer.

- No es tu culpa, tesoro, no permitiremos que te hagan daño. Haremos lo posible para que tú puedas tener una vida mejor. Vamos. -

- Perfecto. Están en cepo. - exclamó el hombre de negro, el cual había interrogado la pareja.

- Agente Turner, el agente Smith nos acaba de confirmar que bloqueó la única salida de la callejuela y por el momento no ha entrevistado ninguno de los tres sospechosos. - refirió el agente que manejaba, de su oreja centellaba un auricular blanco.

El agente Turner rio. - Son nuestros. -

Su plano habría funcionado, esto era seguro, si Andrew, llegado a la mitad de la callejuela, no se hubiera dado cuenta de un fuerte rayo amarillo partir la oscuridad, tanto adelante como atrás. No era estúpido, sabía quien era, o por lo menos no se habría arriesgado de proseguir hacia adelante. Nervioso y asustado miró su alrededor, su corazón latía como enloquecido, su única salvación habría sido una salida secundaria, cualquiera fuera, lo importante era hacer ganar tiempo a Meredith y al niño.

En ese breve instante vio el reflejo de esos faros en una puerta de acero ocultada tras de un viejo cubo de la basura oxidado. Corrió, aferró el mango de la puerta y tiró con todas sus fuerzas. Parecía pegada, como si alguien se divertiera a repetir su acción del otro lado. Su presencia resultaba aún ocultada por la oscuridad de esa melancólica callejuela, como una araña negra en una pared negra, sin embargo la Diosa vendada estaba a punto de abandonarlo y pronto los agentes se habrían dado cuenta que estaba solo.

Las luces de atrás se deslizaron rápidamente en esa callejuela, iluminando con detalle cada defecto de ese podrido y sombrío lugar, y cuando el cubo de la basura fue completamente inundado por la luz, acentuando su

herrumbre que parecían manchas de sangre, Andrew percibió ese haz de luz como si fuera fuego en su espalda.

Capítulo 10

Inquieto y con el corazón en la garganta arrojó una patada a la puerta. Ella se abrió de par en par como si nunca hubiera estado cerrada y sólo en ese momento se dio cuenta que había intentado de abrir la puerta en el sentido erróneo. Enfurecido por su estupidez y por como había casi arriesgado de poner en peligro su esposa y el niño, se proyectó adentro y señaló a través del chip un movimiento distinto de lo que había calculado el agente Turner. Su entrada fue anunciada, pero por lo menos no sabían que era solo, y era lo que más importaba a Andrew.

Una sonrisa de reto se imprimió en la cara del agente Turner. - Cree en serio que pueden huir. - rio, inclinando la cabeza hacia atrás. - Libérenlo. - ordenó.

- Señor, involucraremos muchos civiles. - lo contradijo un agente sentado en los asientos traseros, observando un chiquillo de un cuerpo corpulento, macizo, que de primera vista mostraba los años que aún no cumplía.

- ¿Y ustedes quieren arriesgarse a perder ese experimento? Es el único que ha sobrevivido con ese poder, es más valioso que los otros poderes. - gruñó entre dientes y se volvió hacia el chiquillo. - Estás listo para tu primera misión, ¿x-5? -

- No esperaba otra cosa, señor. - afirmó una voz pueril.

El corazón de Andrew latía ansiosamente igual a sus pasos que trataban de sacarlo afuera de ese edificio, pero las infinitas puertas que se presentaban hacían parecer ese lugar a un laberinto mágico, la cual salida lucía cambiar ubicación a voluntad suya. Por las puertas que había conseguido abrir y las que cerradas habían permanecido, había constatado de encontrarse en un hotel económico, pero inmenso, cuya recepción inconcebiblemente no se encontraba.

En el último momento, por una puerta que consiguió abrir con dificultad, encontró unas escaleras que se dirigía hacia el piso de arriba, sin una mínima vía que ayudara sus esperanzas a bajar de allí. Subiendo esas escaleras lo habrían alejado aún más de la presunta salida.

De repente unos particulares y extraños pasos provenientes del último pasillo que había accedido lo alarmaron, ellos no parecían normales, eran ágiles y sigilosos. Estaban adentro, lo estaban buscando. Sin dudar y sin querer perder más tiempo en buscar una escapatoria que parecía permanecer ocultada, se adentró en ese camino y se despidió de esa

simple salida que habría sido si la hubiera encontrada.

Mientras recorrías esos fríos y rígidos peldaños, una inmensa luz deslumbrante lo iluminó y una segunda precaria salida se hizo algo presentable en su mente. El techo probablemente se asomaba hacia otro edificio y si no fuese demasiado bajo podía probar a saltar. Aumentó su andar hasta que zumbó a toda velocidad hasta una puerta de metal, descrita por un triste color gris, y con un fuerte golpe de su espalda abrió el único obstáculo que lo separaba del techo, su espalda se estremeció hasta el otro extremo.

Una fresca corriente se chocó con él y al tacto su cuerpo tiritó, no percibía ese sosiego acariciar su piel de cuando había encontrado ese chiquillo. Miró su alrededor: un edificio emergía hacia arriba por aún otros seis pisos, mientras a oeste se extendía el vacío, sólo unas estelas de luces coloradas se veía. Se detuvo en el margen del techo y suspiró, golpeando con un puño la pequeña pared que lo protegía de no caer. Su salida se encontraba a cuatro pisos debajo de él y con un salto no habría perseverado sus piernas ilesas, las cuales eran las únicas que más le servían en ese momento.

Algo llamó su atención, como cuando un matemático encuentra la simple solución a un enigmático problema. Se volvió hacia el edificio, las ventanas se asomaban hacia él, debía sólo escalar la pared de alguna manera y las habría alcanzado. Cerró los ojos y rechinó los dientes, como podía haber sido tan estúpido por segunda vez, pensó.

Se precipitó hacia la verdosa pared del edificio, seguro de conseguirlo, sin embargo un repentino chasquido lo arrestó a mitad del camino. Con la sangre congelada se volvió lentamente y una pequeña silueta se presentó en el umbral de esa melancólica puerta.

- ¿Qué? - exclamó Andrew, la temperatura de su sangre volvió normal.

Un niño con pelo crespo y frondoso lo miraba con curiosidad y miedo, vacilando se acercó hacia él.

- ¿Qué haces acá? - preguntó.

- Me perdí. - contestó casi sollozando. - Me distraje un segundo y perdí mis padres. Escuché unos ruidos provenientes de acá arriba y pensé que fueran ellos. - su voz describía su pequeña edad, pero pequeños tonos de adolescente parecían probar el contrario.

- Lo siento, pero no puedo ayudarte. En este momento tengo muchos más problemas. - se volteó hacia las ventanas.

- Señor... le ruego, no me dejes. - gimió el niño, quitándose las lágrimas que cubrían su vista.

Andrew lo observó, miró las ventanas y luego la puerta por donde había entrado, esperando de no ver los rigurosos rostros de esas personas emerger de la oscuridad.

- La ruego, no sea malo. - su minúscula mano aferró su muñeca.

- Escucha, lo siento, pero estoy muy ocupado. - repitió. - Si tus padres alojan en este hotel, baja las escaleras y ve hacia la recepción, allí pregunta por ellos. - se volvió a voltear, pero algo de vigoroso lo detuvo.

La suave y delicada mano que ceñía su muñeca se hizo repentinamente más rígida y dura, como si fuera una mano de metal. Lo volvió a mirar, su frente estaba fruncida.

- Señor, no es educado ignorar alguien que necesita ayuda. - su voz era firme y descarada, casi de no parecer a la de un niño.

- Ah... Qué diablos... - trató de liberarse tirando con todas su fuerza, el niño quedaba inerte en ese punto.

- ¿Dónde está? ¿Dónde está él? - sus ojos celeste ardieron frente a la respuesta que quería oír, una familiaridad alcanzó su mente.

- ¿Quién? - preguntó, sus pequeños dedos estaban pegados en su muñeca.

- No te burles de mí, adulto. - apretó aún más fuerte, la pobre muñeca de Andrew empezó a crepitar como una hoja seca.

- E... ¿eres uno de ellos? ¿Un experimento? - pidió confirma con una expresión que hacía de todo para describir perfectamente el dolor que percibía.

- Inteligente. Sí, pero a diferencia de ese fallido yo acepto lo que soy y... - movió su cuello de izquierda a derecha, un chisporroteo hizo tragar saliva a Andrew. -... adoro usar mis fornidas capacidades. - sonrió, una sonrisa malvada.

Levantó el otro brazo y cerrando el puño lo dirigió a toda velocidad hacia su abdomen. Un líquido rojizo salpicó fuera de su boca, como agua de una flor de un payaso, y los huesos de su cuerpo sonaron como si una bala de cañón se hubiera estrellado contra una pared de ladrillos. En menos de unos segundos su cuerpo se alzó del suelo y zumbó como un proyectil

haciendo añicos una de las ventanas que estaba intencionado a vadear, muy lastimosamente ese chiquillo lo había ayudado.

Capítulo 11

La trayectoria de su cuerpo fue detenido sólo y únicamente por la pared del pasillo de ese edificio, cuyo impacto, unas grietas se formaron y dejaron una nítida evidencia de su aterrizo. Andrew se deslizó hacia el piso, como mermelada untada en la pared, el cual estaba suave como la lana, aunque ese alivio estaba lejos una milla para que su cuerpo pudiera percibirlo, sólo el dolor ardía hacia sus huesos. Con la mano apretó la moqueta roja de ese hotel, casi inoculando sus uñas en su interno, si fuera estado más lúcido habría por cierto blasfemado de encontrar con más facilidad la salida en esa copia exacta del otro albergue.

El aire empezó a faltarle como si sus pulmones fueran ocluidos, por una parte era cierto, ya que sus costillas se habían doblado hacia el interno como dos manos esqueléticas que se cerraban en ellos. Muy débilmente e incapaz de moverse trató de levantarse, pero como si la gravedad se hubiera concentrada toda sobre su cuerpo abollado, se desplomó otra vez.

Su único pensamiento se dirigía a su esposa y a ese particular chiquillo y a cuanto quería concederles otros minutos en su beneficio. Como si sus pensamientos fueran escuchados como oraciones, se presentó frente a él una minúscula ocasión de cuatro patas. Más rápido de él y más de lo que le concedía su cuerpo, sacrificando el umbral del dolor que su sistema nervioso podía soportar, aferró ese pequeño roedor con su débil mano y desató el cordón de su zapato izquierdo. Tuvo que luchar con ese insoportable y penetrante dolor unos segundos más, como si su cuerpo fuera sujeto de una máquina de compresión, para ser más rápido de ese chiquillo macizo. Una vez amarrado el chip en el cuerpo del ratón, lo dejó ir. El ratón no se dejó ofrecer otra ocasión y evaporó como el hilo de humo de un cigarrillo.

- Que suerte que sigues vivo, pensaba de haber exagerado. - carcajeó el niño entrando por la ventana, su tono estaba curiosamente titubeante.

- Será tu única opción si crees que hablaré. - dijo Andrew con una trémula y débil sonrisa, la falta de oxígeno rendía instable sus movimientos.

- O puedo torturarte y ver cuánto aguantan tus niervos. - dijo acercándose a él. - Nadie escuchará tus gritos, no en esta ciudad, donde nadie descansa antes que el sol del amanecer predomine en las luces de la ciudad. -

Se inclinó y algo duro como el acero aferró su cuello, izándolo del piso. Como si sus pulmones ya no fueran incapaz de recibir el oxígeno, esa acción le privó por completo de esas pocas gotas de aire y su cuerpo

empezó ligeramente a zarandearse.

- Escucha, no nos hagas perder más tiempo, el chip nos indicará igualmente donde se encuentra o donde está yendo y más tarde lo atraparemos. Por lo tanto sería bueno si nos haces ahorrar tiempo. - tronó, moviendo su cuerpo como si fuera una muñeca de felpa.

- Porqué creen... que deberíamos siempre traicionar... las personas que estamos protegiendo... Lo dice la misma palabra... proteger. - balbuceó, cada palabra que rayaban sus pulmones como garras de gato.

- Porque no tratar. - sus ojos ardieron de ira y apretó más fuerte su cuello.

Como cuchillo en la mantequilla las uñas del niño penetraron en el interno del cuello, facilitando también la entrada de sus sutiles dedos. Andrew habría querido gritar, pero todo ese desahogo de dolor tuvo que manifestarlo con una expresión arrugada, su rostro se entintada de rojo, sus ojos se cerraron despóticamente, su mandíbula estaban bien sellada y una voluminosa vena en su frente latía como un corazón y parecía hasta el punto de estafar.

- Última chance, ¿dónde se encuentra? - se acercó a su orejo.

- Averígualo con el chip. - dijo con un hilo de voz. "Lo siento, Meredith, no soy bueno a mantener las promesas."

El chiquillo le susurró algo, Andrew lo miró desconcertado y confundido, sucesivamente blandió su cuello como si fuera una espada y lo lanzó a su izquierda, con tanta fuerza bruta que su cuerpo se largó en el aire como una flecha arrojada y penetró con ímpetu en una habitación, la puerta que habría tenido que detenerlo, se pulverizó.

- Tranquilo, eso haré. Descansa en paz. - saludó y observando una especie de pequeña pantalla rectangular extraída de sus bolsillos, enfiló el mismo camino por donde había desaparecido el ratón espantado.

Meredith se detuvo repentinamente antes de entrar en el auto que había recién alquilado y se volvió hacia la dirección, seis encrucijadas más allá, donde se había separado con su marido. Su corazón empezó a latir nerviosamente como si predijera algo que ella ni había asistido y por un segundo le faltó el respiro.

- Señora, ¿todo bien? - una aguda voz se introdujo entre sus

pensamientos.

Meredith parpadeó y se despertó de ese breve coma. - Sí, vamos. -
encendió el motor del auto.

Capítulo 12

- Pero... ¿qué significa esto? - dijo el chiquillo acercándose a la pared que se encontraba a la entrada de ese edificio, gracias al roedor y al chip, lo había encontrado en un tiempo menor respecto a lo que había calculado Andrew. - ¿Me estás diciendo que está dentro de la pared? - habló con el dispositivos que tenía entre sus pequeñas e indecorosas manos, tanteando la pared frente a él.

De repente el indicador del chip empezó a moverse, alejándose aún más del recio niño, el cual lo siguió e una vez cerca arrojó un puño a la pared. El cual se rompió como si fuera la tela de una pintura. La luz externa penetró rápidamente como un relámpago atraído por el metal, desgarrando como rasguño esa densa oscuridad que hace unos segundos fluctuaba allí dentro, y con asombro notó que en ese miserable espacio en el cual habría podido entrar una pila de libros, no había nadie. Empero el indicador señalaba que alguien o algo había.

Con las manos siguió a dismantelar la pared, destruyendo los ejes como si fueran de cartón, y permitiendo a la luz de entrar con toda su refulgencia, ningún rastro de esa oscuridad permaneció. Una tarea que le robó sólo medio minuto y al fin pude ver con sus ojos, entre el polvo y el sucio que había alzado con su obra de derrotista, un pequeño y trémulo roedor atrapado, desorientado por ese caos ruinoso.

Además advirtió una minúscula luz relumbrante provenir del cuerpo del ratón, notando que había un objeto amarrado en él. En la pantalla del dispositivo notó que la ubicación que señalaba era la misma en el cual se encontraba el animal. Enfurecido pulverizó con sus manos el aparato como si fuera una galleta de pasta seca, después un largo siseo llamó su atención y cogió la radiocomunicación que tenía en el bolsillo de sus pequeños vaqueros.

- ¿Los encontraste? - tronó el agente Turner, por su tono parecía molesto.

- No. El chip ya no sirve. Lo han extraído de su cuerpo. - contestó neutro el joven chico, al menos así trataba de ser.

- ¿Cosa? ¿Y qué hiciste con ese hombre? - preguntó cabreado.

- Creo que está muerto, ¿no lo escuchaste tú mismo? - cerró los puños, con mucha fuerza. - ¿Por qué me pusiste ese micrófono en mi ropa si luego no prestas atención a lo que podrías oír? -

- ¿Qué cosa? ¿Mataste nuestro único informador? ¿Estás loco? ¿Porque no lo hiciste hablar antes? - su tono de voz era alta, tan alta que los oídos de

sus hombres sentados a su lados sobresaltaron.

- He probado, pregunta a tus hombres. Alguien de ustedes de seguro habrá escuchado. Al menos uno más inteligente de ti. - contestó rudo.

- Maldito mocoso. Respecta a tus superiores. - gritó, su voz era aún más alta que creó altas frecuencia de sonidos estorbados. - Bloquen cada escapatoria de esta ciudad, cualquier movimiento de parte de ellos será huir, ahora que él no tiene el chip y esto le da un paso adelante para que lo consigan. X-5, te espero acá abajo, muévete y trae el cuerpo de ese hombre. Puede siempre servirnos aunque esté muerto. - ordenó.

- Sus órdenes, señor. - murmuró con una expresión de repulsión.

- Señor, un nuestro hombre pudo identificar el experimento x-4 y la mujer adentro de un auto. - refirió el agente en el asiento de conductor.

- Perfecto. Ordénale de detener el auto, con cualquier medio. - tronó, jovial por la noticia que había querido recibir hace tiempo.

- Ehm... señor, hay un problema. Fueron vistos, pero están zumbando a toda velocidad hacia la salida norte de la ciudad. - dijo, preparándose a la reacción del agente Turner y alejándose por lo que podía de él.

- Maldición, ¿qué esperan? Refiere que si no quieren perder su lugar y encontrar otro trabajo que los humille por toda la vida y también después de la muerte, más le vale que lleven a cabo mi orden. Con cualquier medio, maldición. - tronó, varias venas estaban a punto de explotar en su rostro. - No es posible que se vayan sin él. - comentó entre dientes.

- Un momento... por alguna razón hizo inversión y está volviendo atrás. - repitió la última frase propio como le habían referido.

- Pásamelos.- ordenó y el agente le entregó rápidamente la radio, como un parpadeo. - No los pierdan de vista. Permanezcan atrás de ellos y si tratan de volver atrás, deténganlos. Sólo si tratan de volver atrás, el resto déjalo a nosotros. - ordenó, su sonrisa era más enfática de la de un niño.

- Recibido. - contestó un hombre.

De repente la portilla posterior se abrió y un cuerpo voló hacia el interno, después una pequeña figura entró y se sentó junto a él.

- Tengo por ti otra misión, x-5, y esta vez no la arruines. - dijo el agente Turner, su sonrisa iluminaba el interno del auto. - Vamos, dirígete hacia ellos. - lanzó una mirada fulminante al conductor, su mente estaba ya con

el experimento x-4 en sus manos.

El agente encendió el motor y se precipitó a toda velocidad fuera del callejón, zigzagueando entre los vehículos casi parados por el deslumbrante tráfico. Gracias a la velocidad con la cual los dos autos se apresuraban, tanto de Meredith como del agente Turner, devorando esa distancia que los separaban como la última tajada de pizza en familia y, siguiendo la descripción que le comunicaron, pudo individuar el vehículo de ella, estaba yendo hacia sus brazos.

- Alístate, x-5, cuando te daremos el orden tu tendrás que saltar afuera del auto y emplazarte frente a ellos. Tendrás sólo una posibilidad, no dispérsala como hiciste antes. - sus ojos habría podido disolver cualquier metal si la misión hubiera fracasado.

- Arresta el auto y no me jodas. Yo pensaré a llevar a cabo la misión. - murmuró ácidamente el chiquillo, sin mirarlo, como si estuviera intimidado de él.

Los autos que ocupaban la misma vía que ellos recorrían, aclamaron sus peligrosos movimientos con ininterrumpidos y persistentes claxon que consiguieron diferenciarse con el ruido ensordecedor de esa ciudad y para ser seguros de ser notados centellearon sus faros, sin embargo frente a esa fulgente ciudad fueron casi invisibles, como una luciérnaga en un día radiante. Pero la pobre Meredith proseguía a pesar de esos insultos que se pronunciaban a través de esos agudos claxon y no podía ignorarlos, la rendían nerviosa, quería llorar como una niña que es reprendida, pero soportando continuó. Y fue en ese momento que notó, mientras avanzaba, otro de esos vehículos negros en la pista opuesta que corría como un león hacia su presa.

El auto negro frenó frente a ellos como si hubiera una angosta curva invisible, una portera se abrió y un perfil saltó afuera del vehículo. Mientras aterrizaba en el asfalto, creando un pequeño cráter, el agente Turner permaneció a observar con una sonrisa fervorosa el espectáculo que él mismo había montado. La pobre mujer, que no era una buena conductora, no se dio cuenta en tiempo de esa silueta que había aparecido frente a ella y por consiguiente no fue capaz de reaccionar en tiempo, como la captura de una fotografía, la expresión capturada sería permanecida tal.

Capítulo 13

El capó del auto empezó a doblarse hacia el interior y la parte posterior se elevó como si una gigantesca mano la estuviera izando. A pesar que Meredith tuviera el cinturón de seguridad, su cuerpo no habría salido sano y salvo y sería aplastado como carne sellada al vacío. Mientras el vehículo se cerraba hacia sí misma y perdía pedazos que saltaban en el aire como canchitas, el chiquillo erigió una barrera que envolvió tanto él como ella y dejó que pasara lo que debía pasar.

Cuando el auto al fin volvió con sus ruedas en el suelo y se petrificó así como estaba, casi como una hoja hecha una bola, el niño dispersó su barrera. Meredith miró su alrededor y atónita vio como el interno del auto había permanecido intacta, como si hubiera habido una esfera de acero a protegerla. El experimento x-4 suspiró y luchó por respirar como si hubiera corrido un maratón de un kilómetro a toda prisa, mientras la mujer trataba de quitarse el cinturón de seguridad, la cual parecía atascada.

- Tenemos que irnos, tenemos que huir de acá. - gritó Meredith, tirando violentamente el cinturón por la desesperación, a pesar que supiera que así obstaculizaba aún más su intento.

- S... sí. - contestó fatigado el chiquillo, acercándose a ella.

Antes que pudiera hacer cualquier cosa para escapar, de repente la parte frontal del auto empezó abrirse del externo, como cáscara de huevo, y una mano penetró hasta alcanzar el polo recién comprado del niño, aferrando un pequeño extremo de él. Una fuerza increíble lo aspiró y ese pequeño cuerpo fue chupado por la brecha que se había abierto. Meredith gritó y el niño se estrelló en el duro asfalto.

- Vaya, vaya. Acá está el ratón que escapó. - rio el experimento x-5, una risa no del todo páfida.

- Me dolió... - sollozó, cerrándose en sí mismo como una hoja que quema.
- Yo no tengo tu resistencia. -

- ¿Crees que eso me importa? ¿Sólo porque eres mi hermano? - soltó, su tono tembló levemente, tan levemente que nadie se habría dado cuenta.

- ¿Por qué eres tan malo? No eras así antes. Tendríamos que protegernos el uno al otro, como dos hermanos. - dijo levantándose del suelo y aguantando la gana de llorar.

- Y eso habríamos hecho si tú te hubieras quedado con nosotros y no te hubieras dejado introducir en la cabeza esas idioteces por tu amiguito. -

volteó su cabeza y escondió por un segundo su rostro, en seguida volvió a mirarlo. - Te aconsejo de regresar con nosotros, si no quieres terminar como él. -

- No quiero pasar mi vida en una prisión. - contestó x-4, cerrando sus pequeños puños.

- ¡Diablos! ¿Tienes estos increíbles poderes y te quejas? ¿Sólo porque estamos encerrando bajo tierra? Tenemos un grande futuro que nos espera, sólo a nosotros, ya que con esa explosión provocada por tu amigo mató a todos los otros experimentos. - la última frase la pronunció con una malévola sonrisa satisfecha. - Seremos unos perfectos soldados, el mundo necesitará de nosotros y podremos también vivir en una casa normal. Quizás. -

X-4 perdió su mirada en el horizonte, después enfocó su hermano. - Estoy feliz que te deleita el futuro que te han guardado, pero yo no pedí esto, habría querido vivir una vida normal desde el inicio de mi vida. Lo siento, hermano. No podré soportar otros experimentos que me volverán inhumano. -

Su hermano apretó la mandíbula y cerró el puño, como sus ojos, lentamente. En ese momento quería derribar un edificio de treinta pisos, destruirlo con repetidos y violentos puñetazos sin control, sin embargo tomó un fuerte respiro y dejó que su ira centelleara en sus claros celestes ojos.

Tranquilamente dijo: - De acuerdo... no tengo otra opción. - arrojó un puño en la palma de su mano, el ruido resonó como un cachete ejecutado por un gigante.

- Déjame ir, sólo déjame ir. - imploró, sus ojos consiguieron igualar los de un cachorro de perro que fue regañado por su dueño.

- Claro, podría hacer así... - con los puños penetró dentro el asfalto y extrajo una losa. -... pero tengo unos ordenes que seguir. - la hizo girar varias veces y la lanzó como si fuera un frisbee.

La losa se zumbó a toda prisa hacia su hermano sin perder cuota y como un misil controlado lo alcanzó, pulverizándose en polvo negro un metro antes. Cuando el polvo se dispersó y descendió casi todo en el suelo, x-5 ya estaba esprintando hacia él y lo alcanzó con uno de sus estruendosos puños. X-4 levantó el brazo y como si hubiera erigido una pared invisible el puño del hermano golpeó algo, permaneciendo inmóvil como una estatua. Hizo una mueca enfurecida, cerrando el puño de la otra mano, y acercó su rostro a la presumiblemente pared impenetrable.

- ¿Crees en serio que tu poder pueda superar el mío? - arrojó el segundo puño, la defensa transparente empezó a temblar como un esqueleto, como si el miedo de x-4 la afectara.

De efecto ese endeble cuerpo no escondía lo que él realmente era, era lo que su aspecto lo esbozaba, débil y clemente, su resistencia era pésima y su hermano lo sabía. Ese deshumano aspecto que un niño normal no tenía que poseer a esa edad recién florecida, demostraba su brutalidad, su fuerza, lo que muy pronto lo habría aniquilado, con barrera o no. Sus pensamientos no alcanzaban su salvación, una fuga, levantarse y correr era una cosa irrealizable, su hermano era más veloz y nada lo habría distraído para que él pueda tener esa posibilidad. Advertía su aliento en el cuello como un lobo que no come desde meses.

- Vaya, vaya, este es mi segundo ataque y tu barrera ya está temblando.
- lanzó una sonrisa presuntuosa y miró hacia el alto, como si estuviera pensando en algo. - No falta mucho para que tú muera como ese hombre que trató de protegerte.

El chiquillo lo observó, fijo, como si esperara que estuviera mintiendo o que empezara a reírse, pero su mirada impenetrable como si fuera de vidrio no dejaba espacio a la falsedad. La expresión de x-4 cambió, como un lobo que se quita el disfraz de cordero, y poco a poco se incorporó. Su hermano lo miró asombrado, pero para nada intimidado.

Capítulo 14

Varias personas se habían detenido alrededor de los dos muchachos, en la mano tenía celulares de cada marca, entre las más costosas obviamente, y prontamente estaban grabando lo que estaba aconteciendo frente a ellos. Muchos de ellos se convencieron que fuera obra de uno espectáculo con unos efectos especiales de un cierto rango, pero nadie podía imaginar cuanto fuera real o tal vez sus cerebros no quería aceptar que lo que estaba delante de ellos era más real que el aterrizaje en la luna. Por consiguiente exultaron, aplaudieron y silbaron cuando el chiquillo forzudo aferró con una sola mano casi la mitad del auto que había derribado y la lanzó como si fuera una pelota de baseball.

El pedazo de metal se roció como fuegos artificiales en una noche oscura y varias astillas de metal estuvieron a punto de golpear también a algunos espectadores, mostrándoles en modo fatal la realidad. La barrera de x-4 lo había de nuevo salvado, pero no podía calcular cuánto más habría durado. Tenía miedo, pero la seguridad y la resolución que las palabras pronunciadas por su hermano le habían hecho brotar en su corazón, le había ofrecido bastante empuje para que su cuerpo se arroje hacia él y con apáticos puños se preparó a golpearlo.

X-4 era débil, endeble y sin resistencia, pero no era estúpido. Sabía que al contacto de su piel sus manos se habría pulverizado como manos de arena, por lo tanto las había rodeado con sus invisibles y resistentes escudos, privando su cuerpo de su defensas.

El cuerpo de x-5 empezó a echarse atrás como si alguien lo empujara, distintos punto de su cuerpo se hundieron levemente hacia el interno, como dejar huellas en la arena mojada, hasta que el último golpe lo derribó hacia atrás. El hermano trastornado y estupefacto por sus ataques no totalmente débiles, aferró y arrancó un neumático del auto casi diseccionado y lo lanzó con toda su fuerza sobrehumana.

La rueda zumbó a toda velocidad ante los ojos incrédulos del gentío excitado y centró el enclenque abdomen de x-4, empujándolo violentamente diez metros hacia atrás. Aterrizó sobre un grupo de adolescentes que atraídos por el espectáculo se habían adentrado unos metros dentro de la arena de los dos hermanos, sus gritos mostraron al gentío la evidencia de los acontecimientos.

X-5 se limpió una gota de sangre que estaba descendiendo de su boca y empuñó una farola arrancándola de la acera como mala hierba, oscureciendo el haz de luz que emanaba. Por primera vez una pequeña parte de la ciudad, aparte de los callejones, conoció la oscuridad. Corrió hacia su hermano y se detuvo unos metros antes, reclinó impetuosamente la farola hacia él, como si fuera un martillo, y lo envió hacia el clavo, x-4,

comprendiendo los jóvenes que se encontraban con él.

Unos gritos de terror resonaron en esa calle, tan poderosos que sometió los ruidos ensordecedores de la ciudad, los cuales poco a poco parecieron enmudecerse y dejar espacio a ese espectáculo de ciencia ficción que pronto habría acabado en una escena del crimen, si x-4 no hubiera erigido una vez más una de sus ficticias barreras. La farola se dobló como un arco, cercando la barrera como si fuera una cúpula. X-5, aún más enfurecido, martilló varios golpes hacia ella, hasta que la farola se destruyó y la invisible consistencia del escudo empezó a titubear.

X-4 estaba agotado y fue una ocasión que el hermano no se dejó perder. Corriendo acortó esa poca distancia que había y con un salto trató de aterrizar con uno de sus divinos puños en la barrera. Pero antes que pudiera acercarse lo suficiente para golpearlo, x-4 levantó su brazo y cerró el puño como si agarrara algo, y de repente x-5 abrió de par en par los ojos y se llevó la mano hacia su garganta, su rostro y su cabeza. Sin embargo ni consiguió acariciarla, algo se lo impedía, como si una esfera de vidrio la encerrara. Incapacitado de respirar, perdió el control de su cuerpo y se desplomó.

X-4 se levantó, tambaleando a cada su movimiento, y trató de alejarse lo más posible de ese área. Entretanto su hermano golpeó desesperadamente la esfera que aprisionaba su cabeza, pero más energía consumaba más oxígeno quemaba, y a pesar que esa pelota estuviera iniciando a temblar y a dibujarse con finas grietas, no habría hecho en tiempo en liberarse antes de morir asfixiado.

X-4 se volvió y vio como su hermano se deslizaba hacia el piso con pequeñas convulsiones borrascosas. Permaneció con la mirada fija hacia él y lo observó hasta que su cuerpo dejó de moverse. Último ligeros sobresaltos se manifestaron como si fuera un viejo juguete mecánico roto y x-4 al fin dispersó la pequeña esfera que encarcelaba su cabeza.

Capítulo 15

“Habrías sido muy cegado por la violencia, hermano mío. Perdóname, pero no tenía otra opción.” cerró los ojos, apresurando una lagrima a alejarse de su fuente de origen.

Si ahora huía de allí, tal vez Meredith, por lo menos ella, se habría salvado y, sin volverse a ver si estuviera en buena salud o si hubiera sus delicados y cuidadosos ojos dirigidos hacia él, los mismo que había empezado a idolatrar, prosiguió hacia la salida más cerca de la ciudad acelerando sus pasos, a pesar que tuviera una pierna obstaculizada y aturdida por el dolor como la articulación de un robot no lubricado.

- Párate donde estás, x-4. - una brusca y acida voz interrumpió su momento de fuga que había tanto esperado, aunque no así.

Al sonido de esa voz, de ese tono, el endeble niño se estremeció y su cuerpo fue percutido como una barra de metal golpeada con un similar suyo, su respiro empezó a faltarle. Se volvió a sacudidas, como un reloj con la batería agotada.

- S... señor Turner. - su voz sobresaltó como si tuviera el hipo.

- No creía que uno con ese poder pudiera crearme tanto de esos problemas como me has provocado. - dijo rechinando los diente como un lobo enfurecido y presionando una especie de pistola. - Todos ellos, mocosos, todo el trabajo que hemos sudado en estos años... todos los riesgos... y... y tú arruinaste todo en un sólo día. - tronó colérico, escupiendo unas gotas de saliva.

- Yo quería sólo mi libertad, señor. No puede ser tan sádico conmigo. - lo observó con una mirada muy postrada donde se podía reflejar toda la consternación que había pasado.

- ¿Sádico? Oh, no, yo los querías, a todos ustedes, tenía un futuro para nosotros, pero por culpa de tu estúpido idealismo murieron todos. Hasta tu hermano, mi mejor experimento. - gritó, sus pelo se habían deslizado en su frente, el efecto del gel se había lógicamente acabado como si ese líquido gelatinoso no pudiera contener su ira.

- Podrá volver a empezar sus experimentos, crear sus armas humanas, pero déjame ir. - suplicó, una segunda lagrima se resbaló por su rostro y saltó hacia el vacío una vez que llegó en el mentón.

- Cierto, es lo que haremos. - bajó el arma y sonrió malévolamente cuando x-4 pareció liberarse de una tensión que se había creado durante el dialogo. - Pero no te dejaremos escapar y tampoco te llevaré conmigo.

Tienes que pagar por todo lo que tuve que soportar, por mis hombres que he perdido, por mis experimentos, el dinero. Di tu última oración, x-4. Esta noche tu file será eliminado. - cerró un ojo y apuntó la pistola hacia su frente.

X-4 levanto las manos mientras el gatillo fue apretado por el agente, la bala salió con un chisporroteo, haciendo relucir una luz dorada y dejando un hilo de humo ascender por el cañón de la pistola. Zumbó como un taladro a toda velocidad, agujereando el aire y creando minúsculos y largos pétalos de aire que se podía ver sólo con el ojo de un microscopio.

La bala pulverizó algo de invisible, por un breve momento algo brilló como varios pedazos de vidrio hecho añicos, y en menos de un segundo la cabeza del niño retrocedió súbitamente hacia atrás. Su cuerpo se deslizó en sus rodillas y se concluyó en el húmedo y mojado asfalto, el cual era sujeto de una insólita e irreal lluvia turbulenta que había empezado desde pocos minutos. Sin embargo algo más había ocurrido, el agente Turner parpadeó.

Se volteó hacia su auto, su brazo salpicaba un líquido rojo oscuro y pendía como si fuera privo de huesos, como un hilo de hierba. Su pistola cayó y rebotó en la calle. Sus ojos estaban pasmado y lentamente abrió la boca como mueca de ira y dos venas se agrandaron cerca de sus sienas.

- Me había dicho que habías muerto. - tronó el agente, tapando la herida con la otra mano.

- Seguramente unos huesos rotos, pero muerto no, vamos. - contestó con una ligera sonrisa de escarnio. - Creo que no era tan cruel tu forzado experimento. -

- ¿Qué quieres decir? -

- Que no me mató, más bien me llevó en su auto para poderlo ayudar a deshacerse de ustedes. - dijo apartándose y dejando que la mirada del agente pudiera ver su hombre que conducía con un hueco en la frente.

- ¿De qué diablos hablas? Si realmente quería matarnos, lo habría podido hacer en cualquier momento. - gritó airado, el sangre estaba manchando su traje negro.

- Te aseguro que lo habría hecho, si hubiera querido. No sé si te diste cuenta, tal vez no con toda esta confusión, pero dos hombres suyos que estaban con él no volvieron. Y no fue obra mía. He visto sus cuerpos sin vidas con el cuello en una posición bastante deshumana. - reveló frunciendo la nariz por la repulsión. - Ese niño no era estúpido, no los habría matado sin antes encontrar a su hermano o sin arriesgarse de ser matado con una bala en la cabeza. Era astuto y habría hecho las cosas

con calma, sin suscitar sospecho. Sólo que su hermano no lo sabía. - se volvió y miró los cuerpos inertes de los dos chiquillos.

El rostro del agente estaba furibundo, cabreado, había debido matarlo cuando todo había empezado ir mal. Después de todo dos en menos no habrían hecho diferencia. Repentinamente empezó a reírse, descargando toda su frustración, casi de parecer a una persona enloquecida.

- Por lo menos ahora están en el infierno, no moriré inútilmente. Dispara, ¿qué esperas? Aunque me mates, loro seguirán el programa. Yo sólo era un supervisor de esa sede, no el autor. - dijo carcajeando, quitando la mano de su herida. - Esta vez no repetirán el mismo error, serán más despiadados. -

Andrew afiló sus ojos. - Haré que todo el mundo sepa de sus experimentos, la noticia hará revuelo. En alguna manera serán detenidos. - prensó la pistola y la mantuvo firme.

- Nadie te creerá. - rio aún más fuerte, como si hubiera un micrófono en el cuello de la camisa y unos parlantes cerca a las orejas de Andrew. - El gobierno te enterrará antes que puedas escapar. -

- Andrew. - gritó Meredith, que entretanto se había dirigido hacia x-4. - Está vivo. -

Capítulo 16

Los dos se volvieron: Andrew con una expresión aliviada, jovial, como cuando el doctor se disculpa por haber confundido el cáncer con una manchita blanca en la TAC, mientras el agente estaba incrédulo y furibundo frente a las palabras de Meredith, tanto que se esprintó hacia su pistola en el suelo, sin prestar atención al brazo ya inutilizable.

Andrew cogido como un desprevenido y espantado de lo que habría ocasionado tal acción, disparó varios barridos, sin embargo su adversario estaba en movimiento y él nunca había usado una pistola antes de ese día. La herida en el brazo no había sido un blanco calculado y apuntado concienzudamente por él, la cabeza había sido su principal objetivo, pero por como había fétidamente manejado la pistola el brazo había sido elegido en su lugar.

Las balas volaron tanto arriba como debajo de su cuerpo, Andrew siempre había pensado que esas milagrosas supervivencias durante un tiroteo fueran sólo para las películas, pero no era así, al contrario, por un momento le pareció que los proyectiles doblaran como si ellos y el cuerpo del agente fueran dos imanes que se rechazan.

Al último momento el cargador exhaló su último aliento, empero el agente perduraba de pie y estaba ya empuñando su arma contra el cuerpo inerte, pero aparentemente vivo, de x-4. Cuando el loco latido del corazón de Andrew estaba rehusando de creer a lo que habría visto en un manojito de unos segundos, pero aún antes que el agente Turner pudiera presionar el gatillo, su testa se curvó hacia su derecha y su cuerpo se deslizó al piso, como desmayado.

Andrew, aunque por un momento no fue capaz de comprender lo que acababa de ocurrir, se apresuró a alcanzar su esposa y x-4. Pasando cerca al cuerpo del agente, vio una cavidad en su sien izquierda y varios salpicones que la tiznaban que indicaban que el último proyectil o uno de ellos había centrado su objetivo. Se tiró en sus rodillas y se acercó al cuerpo inmóvil como una marioneta de x-4. En su frente yacía un hueco perfectamente redondo, un color escarlata goteaba de él como un vaso repleto de agua y en su interno, un poco afuera, como si hubiera algo atascado, se entrevía algo rielar, reflejo provocado por las sabihondas luces de la ciudad.

- ¿Vivo? Dijiste que está vivo, pero es imposible. - dijo sin apartar su mirada de ese fluente líquido que parecía vino.

- Su corazón aún palpita, no es ni débil ni fuerte. Palpita sólo rápidamente. - apoyó su mano en el pecho, pareció vibrar levemente. - Escucha, ni es necesario sentir su muñeca o apoyar la oreja en su pecho. -

Andrew acercó la mano a la de Meredith, la cual la apartó no apenas la acarició. Al tacto percibió ese pequeño pecho vibrar como un masajista eléctrico y pudo constatar la verdad que había sido pronunciada por su esposa.

- ¿Cómo es posible? - comentó Andrew observando la expresión relajada del chiquillo, como si estuviera durmiendo, y sutilizando sus ojos acercó su rostro hacia el suyo. - No me digas que... -

Llevó un dedo hacia la cavidad y rozó algo de liso y caliente. Con el otro dedo trató de ayudarse y aferró un minúsculo objeto metálico, delicadamente como si fuera explosivo listo a estallar, después lo lanzó detrás de su espalda. Su llegada al piso fue anunciada con varios tintineos metálicos.

Examinó la herida. - El proyectil no... no consiguió penetrar el cráneo. - afirmó perdiendo su mirada en esa cavidad que parecía sin fondo. - Es por esto que está vivo. Debe haber usado su poder al último momento. -

- ¿Y qué hacemos? - preguntó Meredith observando el niño, unas lágrimas empezaron a osificarse en sus ojos.

Andrew aprisionó la manga de su camisa y con tres fuertes tirones la rasgó. - Toma, amárralo alrededor de su cabeza, bien estrecha, pero no exageres. -

- De acuerdo. - cogió la lisa tela de la camisa con sus delicadas manos.

La acomodó en la frente de x-4 y la ciñó hacia atrás, haciendo un estrecho nudo y vacilando varias veces por temor de hacerle daño o empeorar la situación. Andrew se incorporó y miró a su alrededor en busca de una idea.

Miles de ojos estaban dirigidos hacia ellos, con estupor y escepticismo sobre lo que ya era real como la muerte, varios celulares habían capturado la incredulidad de ese espectáculo y nadie habría debido encontrar palabras fidedignas para dar inicio a esa historia. Nadie podía desviar tanto sus ojos como los ojos de sus aparatos eléctricos como si fueran inmovilizados por un hechizo y ningún murmullo emergía de sus labios. Ni osaban abrir boca, como si tuvieran miedo que al hablar habrían encontrado automáticamente una justificación, no necesariamente creíble, pero que pudiera dar un giro más realístico a los acontecimientos.

- Cogemos el auto del agente y alcanzamos el nuestro. Iremos a casa, pero sólo para recoger las cosas más importante que necesitaremos. Nos

mudaremos donde siempre has deseado. - relevó a su esposa.

- De... de acuerdo. - aceptó sin objetar, aunque un cambio de vida así repentino nunca lo habría aceptado en otras ocasiones, aunque la meta era el lugar que siempre había soñado desde cuando era una niña.

Capítulo 17

Andrew se arrodilló de nuevo hacia x-4 y lo cogió entre sus brazos, se dirigió hacia el auto del agente Turner. Pasando otra vez junto a su cuerpo tendido en el piso, lo despreció por todo lo que había hecho al pobre chiquillo y lo que había causado a sus vidas. Meredith apartó su mirada hacia el cielo, los cadáveres le daban vuelta a su estómago, como si estuviera en un tiovivo a toda velocidad. En seguida habrían encontrado también el más pequeño robusto cadáver.

Fue peor. Meredith cerró los ojos, mantener los ojos abierto a pesar que viera hacia otra parte no servía a nada, era como si pudiera percibir más la presencia, como si efectivamente lo viera. Mientras Andrew se detuvo un momento y conmemoró su sacrificio.

“Nosotros nos haremos cargo de tu hermano, descansa en paz, x-5.” tomó un profundo respiro y prosiguió.

Inesperadamente algo aferró su tobillo, algo tibio, que arrestó su paso. Por un momento creyó de caerse. Se volvió y una ligera toz lo sorprendió, abrió de par en par los ojos y gritó le nombre de su esposa. Ella se volteó y con una exclamación aguda lo alcanzó.

- Coge x-4, yo me ocupo de él. - lo colocó en los brazos de la esposa y bajó hacia el caliente asfalto. - X-5, ¿me escuchas? - lo aferró con seguridad y con gran esfuerzo, porque ligero él no era, lo llevó a su pecho.

Su respiro estaba débil como el bisbiseo del mar, suficiente para anunciar su sobrevivencia y moviendo levemente sus labios, casi como si estuvieran adormecidas, murmuró una respuesta afirmativa. Andrew sonrió y acarició su cabeza, alcanzaron el auto y aún antes de entrar se volvió hacia el gentío.

- Por favor, escuchen mis palabras. No le diré que borren sus videos que han grabado, ya que es muy probable que no lo harán, pero por favor, no revelen a nadie la dirección hacia la cual iremos, al contrario, sería mejor si refieren la dirección opuesta. Gracias. - entró en el vehículo y salieron de la ciudad que ya había perdido su fragoroso estruendo.

Días, meses, hasta años habían trascurrido de ese último evento ocurrido que todos los noticiarios hablaron y que mostraron esos famosos filmados de ese gentío que lo vio en persona, lo que ninguno habrían podido nunca

más asistir.

En un fresco ambiente donde ni el calor puede alcanzarlo con su agonizante ardor, donde el verde es el principal color que delinea ese límpido y limpio panorama y donde inmensas y recias montañas fanfarronean sus imponentes dimensiones. Una casita de campo, a los pies de una de esas rocosas montañas, yacía allí, aislada, saboreando esa brisa que también en verano permanecía tal.

Propio en ese momento un hombre que mostraba menos del edad que poseía salía con un saco lleno de madera de un denso bosque verde donde los arboles parecían ser siempre en el mejor momento de su vida. Sus brazos eran más forzudos de una vez y una boscosa barba como una esponja diversificaba su aspecto antecedente. A su lado estaban dos chiquillos que casi excedían su pecho, uno robusto y uno más enjuto; el primero llevaba en su espalda un saco aún más grande de lo que poseía el hombre, con una pequeña diferencia, desbordaba de pescados que aún se retorcían, mientras el segundo debía contentarse de llevar tres cañas de pescar. Una mujer con el cabello que se detenía en el mentón y disimulado con un color rojo sangre, cruzaba el umbral de esa casa, para dar la bienvenida a sus tres hombres.

- Al fin volvieron, estaba empezando a preocuparme. - gritó Meredith balanceando su mano como si estuviera pidiendo ayuda.

- Los chiquillos han querido nadar en el río. - sonrió Andrew, su barba casi ocultaba sus blancos dientes.

- ¿Qué? - exclamó el chiquillo huesudo.

- Oye, papá, no nos acusen. - intervino el más macizo. - Eres tú que nos empujaste en el agua. -

- Ah. - sonrió Meredith sacudiendo la cabeza. - Ya me imaginaba que era una idea de él. -

- Gracias, chicos. Traicionar así a su padre, sobretodo tú, Aaron. - dijo enmarañando el pelo del muchacho robusto.

- Seguro, o seríamos siempre nosotros en meternos en problemas que tú causas. - le dirigió una mirada iracunda.

- Por lo menos podrías apoyarme. - murmuró Andrew poniendo mala cara.

El chiquillo, una vez x-4, se acercó a Meredith, sus alturas eran casi

análogas. - ¿Alguna novedad? -

Meredith chilló. - Ya, como hice a olvidármelo. - lanzó una mirada malévola a Andrew. - Tengo grandes novedades, Abe. Tenemos una dirección. -

- ¿En serio? - exclamó, saltando por la felicidad.

Aaron se acercó al umbral y dejó en el piso el enorme saco de pescados. - ¿Entonces vamos a entrar en acción? -

- Afirmativo. - dijo Andrew con una voz más austera y neutra.

Entró en casa, sus familiares lo siguieron. Estallidos y estruendos se alzaron, rompiendo el silencio que sólo a la natura estaba permitido disturbar, después nuevas personas, vestidos de negro y armados hasta los dientes, por lo menos lo que no tenían poderes, se aproximaron a un auto negro como el interno de una caverna y tomaron asiento.

- ¿Listos, chicos? - preguntó Andrew introduciendo las llaves.

- Seguro. - afirmó Aaron, golpeando su puño en su palma, un fuerte tronido resonó.

- Es hora de entrar en acción. - dijo seroso Abe, pero siempre con su expresión asustada e insegura.

- Esos pobres niños al fin tendrán una vida. - dijo Meredith, fingía una expresión enfadada.

- Entonces vamos. -

El motor tronó y girando a la derecha desaparecieron en el bosque, la última cosa que se pudo notar fue el fulgor de los ojos rojos retrovisores del auto, que se desvanecieron en la vegetación más densa de un cabello encrepado.